

---

## CAPITULO SEGUNDO

### LA GRANJA EXPERIMENTAL

#### I

Bensigton se propuso probar la eficacia del alimento, tan pronto como éste se hallara preparado, en los renacuajos. (En estos malaventurados embriones se practican casi siempre análogos estudios, pues, por lo visto, no vinieron al mundo para otra cosa).

Quedó acordado que fuera Bensington el que dirigiera y llevara á la práctica los experimentos, pues el laboratorio de Redwood se hallaba ocupado con un aparato de balística y con unos cuantos novillos, los necesarios para investigar las diferentes variaciones que puede haber en el modo de embestir este animal en el espacio de un día,

investigación que daba por resultado una línea originalísima, capaz de dejar con la boca abierta al más pintado. No era, pues, prudente llevar á dicho laboratorio los tubos de cristal que encerraban los futuros batracios, por lo menos hasta que Redwood no hubiera acabado de estudiar las embesidades, en cuyo análisis se hallaba tan abstraído.

Pero cuando Bensington participó á su prima Juana la novedad de los experimentos, la buena mujer se negó rotundamente á que llevaran á su casa gran cantidad de animaluchos, fueran renacuajos ó no lo fueran. No se oponía á que Bensington aprovechara una habitación para sus experiencias químicas, con tal de que no fueran de química *explosiva*; le permitió que tuviera un hornillo de gas y un armario donde guardar los aparatos, mientras ella limpiaba el laboratorio, el cual no podía sustraerse á la limpieza general de los sábados. Juana, que conocía en mucho el vicio de la bebida, consideraba la pasión de Bensington por las investigaciones científicas y por las conferencias en academias sabias, como una forma tolerable de la depravación humana, y por eso la consentía; pero no que le llevaran en gran cantidad animaluchos, que *se mueven*, si están vivos, ó que *huelen mal*, si están muertos; eso no lo podía tolerar.

Juana aseguraba que andar en tales cosas era antihigiénico, y que no le convenía á Bensington,

que estaba muy delicado, como sabía todo el mundo, aunque el químico afirmara que estaba bueno y sano. Al hacerla observar Bensington la inmensa importancia que podía alcanzar el descubrimiento, Juana le replicó que todo estaba bien, pero que si ella le permitía hacer las experiencias y vivir tan en contra de la higiene como había vivido en todas sus anteriores especulaciones, él sería el primero en quejarse y en sufrir las consecuencias.

Bensington dando trancadas sin consideración alguna á sus callos, habló á su prima con energía, con dureza y con disgusto; pero fué sermón perdido. Decía Bensington que es necesario sacrificarse por el progreso de la ciencia, al cual debemos consagrar nuestros esfuerzos; y replicaba Juana que el progreso de la ciencia era una cosa y el llenar una habitación de renacuajos era otra muy distinta.

A esto contestaba el sabio que si á un hombre, en Alemania, se le hubiera ocurrido su idea, dispondría inmediatamente de un espacio de veinte mil pies cúbicos para instalar un laboratorio adecuado; pero la prima, impertérrita, replicaba que se alegraba mucho, y que se había alegrado siempre, de no ser alemana.

No paró allí la discusión. Añadió Bensington que aquel descubrimiento le haría célebre y rico, pero Juana se obstinó en que el químico conclui-

ría por enfermar si metía en su laboratorio tanto renacuajo; él dijo que después de todo era dueño de su casa y ella le amenazó entonces con dejarlo y buscar por esos mundos un acomodo de ama de llaves. Bensington se achicó al oír esto y rogó á su prima que fuese razonable y que respetara sus ideas que tanto podían redundar en beneficio de la humanidad; pero su prima no cedió y le dijo que él era el que debía ser razonable y no insistir en llenar la casa de renacuajos, y por último, terminó diciendo que respetaría las ideas de Bensington, cuando sus ideas fuesen buenas.

Esto debió parecerle al sabio excesivo, porque le irritó y soltó una palabra mal sonante, no precisamente la más fea, pero sí de las más feas que hay en el vocabulario, y que ofendió gravemente á Juana. Bensington, arrepentido, le pidió perdón por ello, y la prima venció en la discusión. Bensington renunció á laborar en su propia casa y decidió hacer las experiencias en otra parte en cuanto hubiese preparado la substancia.

Pensó, durante algunos días, en llevar sus animalejos á casa de algún amigo íntimo, pero la suerte en forma de periódico, puso ante sus ojos las ventajas de una granja de experimentación y se adhirió á aquella idea salvadora. Entonces fué cuando pensó en los pollos, y, al pensar en ellos, imaginó establecer en la granja un gallinero, y apenas lo hubo imaginado, empezó á columbrar

jaulas enormes y sintió picotear en su mente pollos gigantestos. Erã natural: los pollos se prestan de tal modo á la observación, son tan fáciles de manejar y son tan dóciles para dejarse pesar á menudo, que los infelices renacuajos le parecieron ya poco menos que fieras indómitas para los efectos de la observación.

Aquel problema estuvo á punto de volver loco á Bensington. ¡Caramba! ¿Cómo no se le había ocurrido desde un principio la idea de los pollos? ¿Qué razón había para semejante olvido? Y es indudable que aquel problema era para poner los pelos de punta á cualquiera, porque si á él le hubiera ocurrido lo de las gallináceas cuando se le debió ocurrir, no hubiera tenido disgusto alguno con su prima Juana. Cuando dijo su pensamiento á su colega Redwood, éste se mostró de entera conformidad con él, y añadió que los fisiólogos incurren en un error indisculpable al estudiar las funciones en animales tan pequeños, pues es lo mismo que querer hacer investigaciones químicas con cantidades insuficientes de la materia que se trata de investigar, y que de tal error se derivan luego otros errores de mayor monta.

Se trataba precisamente por entonces, de que los hombres de ciencia asegurasen su derecho de disponer de grandes cantidades de materia experimental, por ser de suma importancia, y por eso practicaba Redwood sus experiencias en el

colegio de Bond Street con novillos cuyo tamaño no dejaba nada que desear, siquiera causaran á otros profesores algún perjuicio por el consiguiente barullo y porque distraían la atención de los discípulos, que hacían de los tales novillos materia de diversión; pero las curvas que resultaban de sus cálculos eran interesantísimas y era indudable que cuando se publicaran, había de quedar justificada perfectamente la elección del medio con que el profesor Redwood trataba de demostrar sus teorías. El ilustre profesor hubiera querido hacer exclusivamente en cetáceos sus experiencias científicas, pero, dada la tacañería propia de su país en todo cuanto se refiere á material adecuado, reconocía que era una dificultad insuperable la instalación de acuarios á propósito y se resignaba á estudiar en sus novillos.

Estos le ocupaban todo su tiempo y tuvo que dejar á Bensington exclusivamente, el cuidado de la granja y del gallinero. También habrá comprendido el lector que sus graves trabajos impedían también á Redwood dedicar su atención á otras cosas de menos importancia, entre ellas, la de sufragar á los gastos de la granja en la parte que le correspondía, cuidado que dejó, igualmente, al incomparable Bensington, quien dividió su tiempo del mejor modo que pudo para no desatender ningún trabajo.

Veíase, pues, á Bensington encerrado unas ve-

ces en su laboratorio profundamente abstraído por su descubrimiento y discurriendo otras por los caminos del Sur de Londres en busca de una quinta que poder transformar en granja experimental. Bensington, con sus lentes montados en oro, su gran calva y sus zapatos de paño acuchillados por varias partes, infundió vanas esperanzas en el ánimo de los arrendadores que visitó y que le ofrecían propiedades poco convenientes. Al mismo tiempo gestionó, por medio de los periódicos, un matrimonio que estuviera en condiciones de ponerse al frente de la granja, y que fuera práctico en el cuidado de las gallinas.

Por fin, halló el sitio que creyó convenirle en Hickeybrow, en Kent, lugar apartado y solitario, ceñido por viejos pinares, y obscuro como boca de lobo en cuanto cerraba la noche. Un montecillo lo limitaba á poniente, y un murallón, coronado por un ruinoso cobertizo, hacía imposible extender la finca por levante. La casita no servía de apoyo á ninguna planta trepadora; pero tenía rotas algunas ventanas. Se hallaba á milla y media de la última casa del pueblo, y apenas llegaban á aquel sitio los lejanos ecos del poblado.

El lugar impresionó á Bensington, quien le consideró como el más apropiado para las investigaciones científicas. Recorrió todos los cuartos y dependencias, rediles, establos, etcétera; lo calculó todo rápidamente, y vió, con satisfacción,

que la cocina era bastante capaz para contener algunas incubadoras.

Al regresar á Londres se detuvo en Dunton Green, donde contrató un matrimonio que había respondido á su llamamiento. Aquella misma noche consiguió Bensington aislar cierta cantidad de Heracleoforbia I, la suficiente para cumplir con desahogo sus compromisos.

Los esposos elegidos por Bensington para que fueran los primeros *limosneros* del alimento de los dioses, eran muy sucios, además de ser bastante viejos. A la cualidad de sucios no opuso el sabio reparo alguno, pues nada destruye tanto la fuerza de observación como haberse engolfado en la vida de la ciencia experimental.

El marido se llamaba Skinner. Bensington habló con él y con su mujer en un cuartito, cerrado á piedra y lodo, en el que se veían, sobre una chimenea, un espejo lleno de manchas y unas flores valetudinarias.

La mujer era una vieja, pequeña, de pelo blanco bastante sucio y aplastado. Lo más interesante en ella era la cara, pues la ausencia de los dientes y las arrugas de las mejillas habían acabado por reducir á nariz las demás facciones. El tiempo había puesto gris el color, si es que alguna vez lo tuvo, de su vestido, adornado con franela encarnada.

La señora Skinner hizo entrar á Bensington,

y le habló con circunspección, observándole atentamente de pies á cabeza, y advirtiéndole que su marido estaba concluyéndose de arreglar. Al hablar, cruzaba nerviosamente sus manos flacas y arrugadas. Ellos habían cuidado aves de corral muchos años, y sabían manejar bien las incubadoras ¡hasta habían poseído una granja, que se hundió, por falta de aves!

Apareció luego Skinner, el cual tenía los ojos conformados de tal modo, que por mucho que se empeñaba en mirar á Bensington no le veía sino lo más alto de la cabeza. Además, ceceaba y llevaba los pies metidos en unas zapatillas acuchilladas á la manera de las de Bensington, circunstancia que le atrajo desde luego la simpatía del sabio. No llevaba botones y por esto tenía que sujetarse la chaqueta y los calzones con una mano, mientras que con el índice de la otra seguía maquinalmente el dibujo del tapete. Con un ojo miraba la calva de Bensington, y con el otro, que aun rayaba más alto, parecía contemplar la espada de Damocles sobre la cabeza del respetable químico; con tal tristeza lo hundía en el aire.

Skinner empezó á hablar.

—Usted, señor, no querrá hacer negocio con esto, ¿verdad? La granja es para experimentos, sólo para experimentos... — y en seguida añadió que ellos estaban dispuestos á trasladarse inmediatamente á la granja. En Dunton Green no se

hacía nada, lo que se dice nada; alguna que otra chapuza de sastrería, y pare usted de contar. ¡Vamos, que cuando él decía que no se hacía nada! El provecho no podía ser más insignificante, más raquítico. De modo que si entraba en los cálculos de Bensington, podían trasladarse enseguida...

Dicho y hecho. Una semana después se hallaba establecido el matrimonio en la embrionaria granja experimental, y el carpintero amenizaba su tarea de levantar gallineros en animada discusión con Skinner.

Este decía hablando de Bensington:

—Yo no puedo asegurar que sea loco; pero, por lo que he visto y oído, me lo parece.

A lo cual respondía el carpintero que Bensington le parecía un viejo chocho.

Y Skinner añadía:

—El cree que tiene grandes conocimientos en avicultura... tantos, que quiere hacer creer que es el único hombre entendido en gallinas.

—El sí que parece una gallina — respondió el carpintero mirando á Skinner por encima de las gafas.

Entonces, se acercó éste confidencialmente á su interlocutor, y le dijo en voz baja, mirando con el ojo triste el confín del horizonte:

—Se ha empeñado en pesar todos los pollos para ver lo que crecen ¿qué le parece á usted de eso?

—Y, al hacer esta pregunta, se encogió de hombros y empezó á reirse de una manera nerviosa. Todo era alegría en él menos aquel pícaro ojo que vagaba incensantemente de un lado á otro. Cuando le pasó el acceso de la risa, repitió, como si el carpintero no le hubiera oído:

—¡Medirlos y pesarlos! ¿qué le parece á usted?

—¡Que este es peor aún que nuestro antiguo amo. ¡Vaya si lo es! — contestó el carpintero.

## II

No hay nada tan aburrido en el mundo como el trabajo experimental á excepción de los informes que derivan de él. En cuanto á Bensington, parecía que habría de transcurrir mucho tiempo antes que un sólo adarme de realidad premiara sus esfuerzos; la granja había sido establecida en octubre, y en mayo siguiente no existía ni la más ligera sospecha de que la substancia maravillosa diera resultado alguno. Las Heracleoforbias I, II y III habían fracasado completamente, con gran contrariedad de Bensington, el cual estaba disgustado además por las muchas ratas que había en la granja y por el matrimonio Skinner.

Solamente había una fuerza capaz de poner en movimiento á Skinner, y aquella fuerza era la amenaza de despedirlo. Las órdenes de Bensington no se obedecían más que cuando éste amenazaba á Skinner con echarlo á la calle. Este replicaba entonces:

—¿Pero habla usted en serio?...

¡Por fin! se echó de ver el éxito de la granja, y el heraldo de aquella aurora triunfal, fué una carta de Skinner, garrapateada á Bensington, que decía:

«Los nuevos pollos no me gustan: son demasiado grandes y muy diferentes de los de la anterior echadura; aquellos eran muy hermosos; como los de ahora no los he visto nunca; picotean con una fuerza tremenda; pasan, en mucho, del tamaño ordinario y no le puedo dar á usted la medida exacta de ellos; bástele saber que son como gigantes y que comen muchísimo. Pronto necesitaremos más trigo pues estos avechuchos amenazan dar fin del granero. Si siguen de este modo, será cosa de llevarlos á la Exposición. Me han dado un gran susto; he temido que el gato estuviera con ellos y los maltratara, pues me pareció ver que se metía por los alambres, pero cuando me acerqué, me convencí de que no era así, porque los pollos piaban alegremente, y el gato ha desaparecido. Necesito que usted me diga lo que debo hacer; está para acabarse la comida mezclada y no me atrevo á hacer yo la mezcla desde que aconteció la del *pudding*. Espero las órdenes de usted y soy su fiel servidor.—*Skinner*».

Lo del *pudding* era que los Skinner habían puesto en uno de aquellos Heracleoforbias II, que les produjo unos dolores terribles.

Bensington leyó algo más entre líneas; leyó el

triunfo deseado; leyó que su constancia recibía el premio merecido, y al día siguiente muy de mañana llegaba á la granja con tres botes sellados, en los cuales se contenía alimento de los dioses en cantidad suficiente para alimentar todos los pollos del condado.

Lucía la primavera una de sus más hermosas mañanas, y como Bensington se sintiera bien de los callos, se fué paseando hasta la granja, tres millas y media, atravesando el parque, el pueblo, y luego la verde cañada de Hickleybrow. Los frescos brotes renovaban la vida en las ramas de los árboles, los prados se poblaban de hierba, los bosques se cubrían de anémonas, y se oía por todas partes el gorjeo de los pájaros, evocando en la memoria del sabio el recuerdo de las ya olvidadas delicias de su primera juventud. Aparecía ante sus ojos radiantes la promesa del descubrimiento y creía hallarse en el día más feliz de su vida; y después, cuando vió el gallinero inundado de sol y los gigantescos pollos que habían acabado con el misterioso manjar de los dioses, se convenció de que había llegado efectivamente para él la deseada felicidad.

Conducido al gallinero por Skinner, tuvo que sufrir dos ó tres veces el picoteo de sus pollos en los pies sobre las cuchilladas de sus zapatos de paño, y Bensington los miraba embebecido y como si en toda su vida no hubiera visto pollos.

—No es posible imaginar lo que llegarán á ser al paso que van — dijo Skinner, gozándose en el asombro del sabio.

—Serán como caballos — respondió éste reluciendo satisfacción.

—Ese camino llevan, sí, señor.

—Con un alón podría comer una familia, ¿no es verdad? ¡Casi se podrían vender en la carnicería cortados como los bueyes!...

—Pero yo creo — añadió Skinner, — que no seguirán creciendo de esa manera...

—¿Que no?

—No — respondió con firmeza el colono. — Ya conozco yo esta clase; empieza por crecer de un modo exagerado, pero luego se estanca.

Ambos interlocutores quedaron silenciosos. Skinner continuó:

—Han crecido así porque se les cuida muy bien...

Bensington se volvió rápidamente, como interrogando.

—Sí nosotros los hemos tenido ya tan grandes como estos en la otra casa — insistió Skinner mirando al espacio con tristeza.

Bensington recorrió la granja y volvió en seguida al gallinero á contemplar su obra. Ya sabemos que este había sido su sueño, su pesadilla, y el resultado era más halagüeño de lo que él se había atrevido á esperar.



La marcha de la ciencia es tan tortuosa y tan lenta que antes de llegar al objeto propuesto pasan años y años de contrariedades infinitas; y aquí se ofrecía el triunfo al año de experiencias próximamente. La esperanza no satisfecha y los afanes, que son alimento diario de la imaginación de los hombres de ciencia, habían trocado sus promesas en realidad concluyente; por lo menos, así lo comprendió Bensington que, no sabía apartarse del afortunado gallinero.

—Veamos, veamos — decía. — Estos pollitos tienen diez días, y relativamente á otros de su especie son seis ó siete veces mayores...

Skinner se acercó á su mujer y le habló al oído:

—Creo que este es el momento más oportuno para pedirle que nos suba el sueldo... Está más contento que unas pascuas... ¿Qué te parece? Cree que todo eso es obra de su comida...

Y Skinner comenzó á reír, conteniéndose para no estallar en una carcajada delante de su amo.

Bensington, con el alma inundada de luz y de alegría, no hallaba, no quería hallar nada desagradable en su granja. Es verdad que el sol, que todo lo descubre, hacía más visible aquel día el desaseo de los Skinner; pero Bensington no estaba para fijarse en semejantes pequeñeces. El enrejado del gallinero estaba bastante estropeado, pero Skinner dió á su amo una explicación satis-

factoria: era indudable que algún perro, quizás un zorro...

Luego mostró Bensington una incubadora sucia.

—Es, señor — dijo la Skinner remangándose los brazos y riéndosele en las barbas, — que desde que estamos aquí, no hemos tenido tiempo de limpiarla.

Luego subió al piso alto con objeto de ver algunos agujeros de ratas, que eran enormes y pedían á gritos una ratonera. Bensington observó que en el cuarto que servía para mezclar el alimento de los dioses con harina y salvado, todo estaba en completo desorden. Los Skinner eran gente que sabía sacar provecho de las tazas y platos rotos, de las latas de conserva, de los botes de mostaza, etc.; y de todo esto había en aquella habitación. En un ángulo se pudría un gran montón de manzanas que Skinner había economizado, y de una escarpia colgaban varias pieles de conejo que guardaba el colono para demostrar algún día su habilidad de curtidor.

—¡Poco habrá, en lo referente á pieles, que yo no sepa! — decía con mucha vanidad.

Bensington carraspeaba severamente al contemplar aquel desorden; pero no pasó de ahí la cosa, y á pesar de haber encontrado una avispa impregnada en *Heracleoforbia IV*, se limitó á decir que la preciosa substancia debería estar tapada convenientemente.

Y es que todo su espíritu estaba en el gallinero, en la gigantesca pollada. Así es que no tardó en exclamar, volviendo á su tema:

—Creo que debo examinar detenidamente uno de esos pollos, y lo mejor será que se le mate y que me lo lleve á Londres. Supongo — añadió dirigiéndose á Skinner, — que no irá usted á darles carne á estos pollos.

—¡Cá! No, señor. Esté usted seguro de que entendemos de avicultura lo bastante para no cometer semejante indiscreción.

—Ni siquiera los restos de la comida, ¿eh?... Porque me parece haber visto un hueso de conejo en un rincón del gallinero.

Skinner sostuvo que no; pero cuando ambos se dirigieron á comprobar el caso, vieron que, efectivamente, había allí un hueso que resultó ser de gato y que estaba muy bien mondado y muy limpio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## III

—Esto no es un pollo — decía más tarde la prima de Bensington, la incomparable Juana.

Y al ver el significativo ademán del sabio, añadió:

—Digo, me parece que yo debo saber lo que es un pollo... ¡Mas bien me parece una abutarda!

—Yo — decía Redwood echando su cuarto á espadas, instigado por Bensington, — he de manifestar por mi parte, que ante hechos positivos...

—¡Ah! ¿Con qué lo afirma usted sin ver, sin querer ver?...

—Pero, señorita Bensington — interrumpió Redwood, — cuando la realidad se impone...

—Es natural, todos los hombres iguales.

—Pero ¿quién puede negar esa realidad? La evidencia nos dice que el hecho es anómalo, tanto más que cuanto que esa especie de pollo, ha salido de un huevo ordinario de gallina...

—¿De modo que usted cree que eso es un pollo? — preguntó Juana impaciente.

—Sí, lo creo.

29241

—¡Qué disparate! Vamos que pierdo la paciencia hablando con ustedes...

Y salió echando chispas y dando un tremendo portazo.

Cuando hubo cesado el retemblo de la habitación, añadió Redwood contemplando el ve:

—Pues crea usted, Bensington, que tengo una gran satisfacción en ver este animalucho.

Luego se sentó junto al fuego, en un sillón bajo, y empezó á explanar procedimientos que para un profano hubieran resultado verdaderos é indescifrables jeroglíficos.

—Acaso crea usted, amigo mío, que he cometido una ligereza; pero he de confesarle que el otro día, hará próximamente una semana, eché un poco de nuestra substancia en el biberón de mi hijo...

—¡Pero hombre!... — advirtió Bensington.

—Sí, sí... Ya sé — interrumpió Redwood contemplando al gigantesco pollo que estaba sobre la mesa, — pero gracias á Dios, no ha ocurrido nada desagradable.

Luego, echando mano á la petaca, refirió algo de lo que había pasado. El chiquillo no crecía casi nada...

—¡Pobre muchacho! Esto nos tenía con mucho cuidado... Winkels, antiguo discípulo mío, es un grandísimo... Mi señora tiene en él su confidente... Pero es un hombre violento como usted sabe;

maldita la confianza que tienen en mí como es natural. Está bien enseñado... Apenas me han dejado entrar en el cuarto... Pero como **había** que hacer algo, me escurri hasta la habitación en un momento en que no estaba la niñera, y conseguí apoderarme del biberón...

—Crecerá — dijo Bensington.

—Ya está creciendo... Dos libras y pico en una semana... ¡Si oyera usted á Winkel! El cree que son sus cuidados...

—Sí, sí... ¡Caramba! Eso mismo me dice á mí Skinner.

Redwood siguió contemplando el polluelo.

—Lo malo es, que no me dejan entrar de ningún modo, porque he querido sacar una curva del crecimiento de mi hijo... ¡Y, nada, que no sé cómo propinarle al chiquillo la segunda dosis!...

—¿Quiere usted dársela?

—¡Ya lo creo! El muchacho no cesa de llorar desde hace dos días... Necesita algo más que el alimento ordinario.

—¿Por qué no se lo dice usted á Winkels?

—¡Vaya al diablo Winkels!

—No, hombre, no... Convénzale y dele los polvos, para que él mismo se los dé al niño.

Será lo que tendré que hacer, no habrá otro remedio — dijo Redwood fijando los ojos en el fuego de la chimenea.

Bensington, pensativo, pasaba la mano por la

pechuga del polluelo; luego, como dando respuesta á su pensamiento, dijo:

De fijo que estas aves serán monstruosas.

—Sí que lo serán — respondió distraídamente Redwood, sin separar los ojos del fuego.

—Muy grandes, tan grandes como caballos.

—¡Más, mucho más grandes!

Bensington dejó de acariciar al pollo. Se volvió á Redwood y dijo:

—Esas aves van á causar una sensación profunda.

Redwood asintió sin despegar los labios.

—¡Caramba! — exclamó de pronto Bensington, con los ojos chispeantes. — Pues también el chiquillo resultará un gigante...

—En esto estoy pensando, precisamente, amigo mío.

Redwood se echó hacia atrás, tiró la colilla del cigarro y se metió la mano en los bolsillos, repitiendo:

—¡Sí, amigo Bensington, en eso estoy pensando!... Esta Heracleoforbia va á ser una mezcla de muy difícil manejo... Si se tiene en cuenta como ha crecido este polluelo...

—¡Figúrese usted — respondió Bensington lentamente, — figúrese usted un chiquillo creciendo del mismo modo! Será un gigantón...

—No habrá más remedio que administrarle dosis minúsculas, ó hacer que se las dé Winkels.

—Esto es mucho más de lo que podíamos esperar.

—Efectivamente, mucho más — replicó Redwood.

—Después de todo, antes ó después, era preciso que hiciéramos la experiencia del alimento en alguna criatura.

Bensington se puso á limpiar los lentes vuelto de espaldas á la chimenea y añadió tras una corta pausa.

—Hasta que no he visto los pollos no he empezado á creer en la realización y en las consecuencias de ella.

A pesar de esto, Bensington estaba muy lejos de suponer la formidable explosión que había de producir aquella mecha tan diminuta.

## IV

Esta conversación tuvo lugar en primeros de junio, y Bensington no pudo volver á la granja en unas cuantas semanas á consecuencia de un catarro tan grave como imaginario, pero si él no pudo ir, Redwood lo hizo, siquiera fuese rápidamente, y volvió más intranquilo aun que antes. Habían transcurrido ya siete meses desde que se inició el crecimiento sin interrupción, y se vió que las avispas empezaban á participar del alimento de los dioses. Había entrado ya julio, y antes de que las gallinas de Hieckleybrow hubieran escapado, se había dado ya muerte á la primera avispa gigantesca.

La noticia del hecho fué publicada por varios periódicos, pero no sé si llegaría á conocimiento de Bensington, ni si, de conocerla, la relacionaría con el descuido que se observaba en la granja experimental. Pero no hay la menor duda de que mientras Skinner alimentaba los pollos con *Heracleoforbia*, las avispas acudían al gallinero á alimentarse por propia cuenta y á llevar substancia al avispero del otro lado de los pinares, y claro es que en los insectos produjo la *Heracleoforbia*

las mismas consecuencias que en los pollos de la granja.

Las avispas llegan, naturalmente, á su pleno desarrollo antes que los polluelos; de modo que ellas, entre todos los animales que participaron del alimento por descuido de los Skinner, fueron las primeras en dejarse ver de tan gigantesco tamaño. Un guarda llamado Godfrey, de la posesión del teniente coronel Rupert Hick, fué el primero que encontró y mató uno de aquellos monstruos. Godfrey, armado de una buena carabina, atravesaba el parque de su amo, y al llegar á un claro poblado de helechos, vió la terrible avispa. No pudo distinguirla bien, por ir de cara al sol; pero tal fué su revuelo, que á Godfrey le hizo el mismo afecto que el ruido de un automóvil.

Godfrel confesó después que se había asustado, pues el insecto le pareció tan grande ó más que una lechuza, y á su ojo práctico se le ofreció como algo antinatural y diabólico, por sus extraños giros y revuelos. El instinto de conservación se sobrepuso en el ánimo del guarda, que dejó que se corriera el insecto hacia la derecha. Luego se echó la carabina á la cara y disparó.

El tiro no hirió al animal, y éste descendió rápidamente, dejando oír un formidable zumbido que dió á conocer á Godfrey que el monstruo era una avispa. Esta volvió á levantarse con len-

titud, haciendo brillar al sol los vistosos anillos de su cuerpo. Después, se dirigió zumbando á Godfrey, dispuesta á atacarle.

El guarda disparó de nuevo, se desembarazó de la carabina y se echó á un lado para evitar el contacto del insecto, que cayó casi á sus pies, y se alzó otra vez pesadamente para volver á hundirse entre los helechos, veinte metros más allá, moribundo, agonizante, revolviendo desesperadamente el enorme aguijón.

Godfrey descargó por tercera vez la carabina sobre el animal, antes de acercarse á él. Luego vió con asombro que medía setenta y cinco centímetros entre las puntas de sus alas abiertas; que el aguijón tenía ocho centímetros, el cuerpo, desde la cabeza al último anillo, medio metro, y que sus ojos eran grandes como una moneda de cinco céntimos. Tal fué la primera aparición de las avispas gigantes.

Al día siguiente, un ciclista que bajaba un suave montecillo, estuvo á punto de aplastar otra avispa como la de Godfrey. Al paso de la bicicleta, levantóse el insecto zumbando de una manera horrible; la máquina siguió como un relámpago, impulsada por el emocionado *sportman*, y cuando éste volvió la cabeza, vió que la avispa volaba en dirección de los bosques de Westerham. Poco después, el ciclista apretó el freno y se apeó. Se hallaba tan sobrecogido que hubo de sentarse en



Las avispas gigantes.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

N.º 1625 MONTERREY, MEX.

el camino para recobrar el ánimo; y aunque se había propuesto llegar á Ashford aquel día, no pudo pasar de Tonbridge.

Después de éste encuentro, no hay noticia de que se volviera á ver, durante tres días, ningún otro insecto de semejante clase. Es verdad que, según los datos metereológicos que he podido adquirir referentes á aquel tiempo, los días siguientes á la última aparición fueron anubarrados y lluviosos, circunstancia que influiría, sin duda, en la momentánea desaparición de las avispas.

El día cuarto fué claro, hermoso y brillante. Los insectos desplegaron al sol sus variados y espléndidos colores, y las avispas, por no ser menos que los demás, salieron de sus celdillas en enjambres enormes; nadie vió jamás tantas avispas juntas. Por esto son también muchísimos los informes que relatan tan terrible irrupción.

Hubo que registrar una víctima: un tendero de comestibles, que descubrió uno de aquellos terribles insectos en un cajón de azúcar. Lo atacó con una pala, haciéndole caer al suelo; pero la avispa hirió al tendero en un pie, atravesándole la bota con el aguijón. Por medio de un segundo golpe de pala quedó el insecto partido en dos pedazos; pero su pobre víctima murió al poco tiempo.

El más dramático de los hechos que produjo la aparición de las avispas fué la visita que una

de estas hizo al Museo Británico, precisamente cuando el sol pasaba por el meridiano. Se dejó caer lentamente sobre una de las muchas palomas que se crían en el patio del Museo, la aprisionó, y volvió á elevarse hasta una de las cornisas, donde la paloma fué víctima de la voracidad del insecto, que entró luego en la biblioteca por la claraboya, haciendo que los lectores, sorprendidos por el aterrador zumbido del visitante, huyeran atemorizados del salón. Otros informes sólo relatan el hecho de haberse visto avispas en tal ó cual parte; pero sin añadir que causaran víctimas humanas. Se referían, únicamente, la muerte de un perrito atacado por los insectos á la vista de su dueña, y el hecho de haberse dispersado una expedición campestre cuyos individuos abandonaron la merienda á los voraces animalitos.

Casi todos los periódicos publicaban aquella noche, bajo grandes epígrafes, extensos comentarios acerca de las gigantescas avispas de Kent. En los diarios se corría de un lado para otro, de la redacción á las cajas, de las cajas á las máquinas, gritando y gesticulando acerca del sensacional asunto del día. Redwood, que salía á las cinco de su colegio de Bond Street, rojo como una cereza por haber sostenido una acalorada discusión en la junta respecto al precio de los novillos, compró un periódico y se encontró con la terrible noticia.

## V

El conocimiento de la aparición de las avispas gigantes en Kent puso lívido á Redwood, quien, olvidando el colegio de Bond Street, el precio de los novillos y todo cuanto pudiera ocupar su imaginación, tomó un coche y se dirigió á escape á casa de Bensington.

En el laboratorio de éste se encontraba á la sazón Skinner, llenando toda la casa con su voz, entrecortada por la angustia.

— ¡Es imposible, señor! — decía. — Es imposible que sigamos allí... En un principio creímos que la cosa sería pasajera... Pero no, cada día va en aumento... Hay gusanos atroces... así de grandes... (Y señalaba una longitud como desde la extremidad de sus dedos hasta ocho centímetros por encima de su robusta muñeca). A mi mujer casi le ha dado un ataque... Y las ortigas, ¡las ortigas, señor, que hay al lado del gallinero crecen de una manera espantosa! Y las enredaderas que sembramos junto al caz han metido por la ventana sus ramas durante la noche y se han querido enroscar á las piernas de mi mujer...